

Juan Ramón Jiménez. Perfil biográfico y poético

por Isabel Gutiérrez Román

A lo largo de 1900 a 1936, observamos un extraño fenómeno, un poeta que atraviesa solitario toda la época, siguiendo su propia evolución desde el modernismo hasta la "pureza" expresiva que tanto influirá en los poetas del 27, este poeta es: Juan Ramón Jiménez, omnipresente pero como ausente y ajeno a todas las corrientes que a su alrededor coinciden y luchan.

Para comenzar a hablar de su vida y de su obra, sirvanos de introducción el siguiente poema compuesto por Rubén Darío, para que el joven poeta lo publicara en *Ninfeas*. Con plena conciencia de que comenzaba la pelea, le aconsejaba, temiendo tal vez que no la resistiera:

"ATRIO"

“¿Tienes, joven amigo, ceñida la coraza
para empezar, valiente, la divina pelea?
¿Has visto si resiste el metal de tu idea
la furia del mandoble y el peso de la maza?
¿Te sientes con la sangre de la celeste raza
que tu vida con los números pitagóricos crea?
¿Y, como el fuerte Herakles al león de Nemea,
a los sangrientos trigres del mal darías raza?
¿Te entenece el azul de una noche tranquila?
¿Escucha pensativo el sonar de la esquila
cuando el ángelus dice el alma de la tarde?
¿Tu corazón las voces ocultas interpreta?
sigue, entonces, tu rumbo de amor. Eres poeta.
La belleza te cubra de luz y Dios te guarde”.

Graciela Palau de Nemes en su libro *Vida y obra de Juan Ramón Jiménez*, Ed. Gredos, Madrid 1974, T. I. comenta el poema citado. Nos dice que Darío anticipa que el camino de J. Ramón no es otro que el de la lucha, y en palabras proféticas, en las dos últimas estrofas del soneto, se refiere a la identificación del discípulo con el paisaje y a su actitud pensativa.

“¿Te entenece el azul de una noche tranquila?
¿Escuchas pensativo el sonar de la esquila
cuando el ángelus dice el alma de la tarde?

¿Tu corazón las voces ocultas interpreta?
sigue, entonces, tu rumbo de amor. Eres poeta.
La belleza te cubra de luz y Dios te guarde”.

Al aludir a la razón de J. Ramón como intérprete de las voces ocultas, Darío presiente su futuro acercamiento intelectual a la poesía, además, reconoce que su rumbo poético es de amor, como en su propio caso y en el caso de la poesía modernista de expresión más transcendental. Al desear que J. Ramón alcance la luz por la belleza, con mayúsculas, no ya romántica, sino modernista, Darío la eleva a una categoría divina, categoría que ha de alcanzar después en la poesía juanramoniana.

El Dios te guarde, última frase del soneto de Darío, implica una necesidad de divina protección. Por uno de esos aciertos de carácter intuitivo tan propio de los poetas, en las tres últimas líneas del soneto Darío junta los elementos que habrán de ser esenciales en la futura gran poesía juanramoniana: el reclamo a la inteligencia ¿“Y las voces ocultas tu razón interpreta?”; el amor como fuerza instigadora “sigue, entonces, tu rumbo de amor”; el conocimiento a través de la Belleza “La Belleza te cubre de luz” y la necesidad de Dios “y Dios te guarde” (p. 155).

Todos los interrogantes de este soneto se dieron en la sensibilidad del joven moguerense, poeta delicado y simbolista, que parecía decir sus composiciones a media voz. El Juan Ramón Jiménez juvenil es un ser doliente y nostálgico, que canta los octubre y noviembre de oro y los parques y los jardines solitarios y declara que “el otoño es moderno”.

Nace J.R. Jiménez Mantecón en 1881, en el seno de una familia acomodada, su padre poseía tierras, casas, bodegas y barcos, en los que exportaba el vino que él mismo elaboraba. Lugar de nacimiento: Moguer (Huelva) el 23 de diciembre; pueblo de Andalucía occidental, próximo al mar, que, para Juan Ramón supuso siempre una referencia de luz y de belleza: “la blanca maravilla de mi pueblo guardó mi infancia en una casa vieja de grandes salones y verdes patios”. Graciela Palau de Nemes añade¹: Tenía un balcón mudéjar desde allí miraba la casa de enfrente, placer largo de los años cortos, y desde el mirador ... vislumbraba el espejo del mar”.

Juan Ramón recordaba que de pequeñito, en la calle de la Ribera, su delicia mayor era el balcón mudéjar “con sus estrellas de cristales de colores”, y las lilas blancas y lilas y las campanillas azules que colgaban de la verja de madera del fondo del patio (Platero, CX, VII, “La calle de la Ribera”). Los recuerdos de su primera infancia están coloreados de azul, como su barrio. Del mirador de la casa alcanzaba a ver el mar azul y le parecía que desde su baja estatura de niño el río por entre las azules piernas abiertas de los marineros que pasaban por la calle de la Ribera.

El azul coloreó sus primeros años de tal modo que en su incompleta lengua infantil llegó a decir que vivía en una “casa azul marino”, frase que le ilusionó de hombre y le pareció un buen título para un libro de versos que no llegó a publicar.

El amarillo figura también entre los más tiernos recuerdos de J. Ramón. El primer amarillo inolvidable fue el del corral “dorado siempre de sol” de la casilla de Arreburra el aguador, que le quedaba enfrente (Platero, XVI, “La casa de enfrente”).

(1) Palau de Nemes. Graciela, *Vida y obra de J.R. Jiménez*. La poesía desnuda. Ed. Gredos. Madrid 1974. T. I.

La importancia de la naturaleza y, concretamente, del campo y el paisaje moguerense en la obra de J. Ramón es evidente.

La intención del libro de Manuel Ángel Vázquez Medel es, como el autor reconoce en: *La Introducción, una ardua tarea*² “la de articular los elementos de una visión parcial la de J. Ramón —de una porción entrañable del mundo rural de la Baja Andalucía— Moguer la elaboración artística de las gentes, las costumbres, las anécdotas, las virtudes y defectos de un pueblo de nuestro campo andaluz”³ (p. 9).

A los 11 años lo llevaron interno —privilegio de clase a un colegio de jesuitas— “Me fui tristón —dice— porque ya dejaba atrás algún sentimentalismo: la ventana por donde veía llover sobre el jardín, mi bosque, el sol poniente de mi calle”. Y de ese colegio, apenas si destaca una circunstancia: “había una ventana que daba a la plaza y por donde, las noches de primavera, se veía el cielo profundo y dormido sobre el agua, y Cádiz, a lo lejos, con la luz triste de su faro”. De estos dulces años recuerda que jugaba muy poco, y que era gran amigo de la soledad, esa “experiencia viva” de J. Ramón es vital en los primeros doce años de su vida, cuando sus ojos de niño descubren y comienzan a amar la luz, las gentes, el campo de Moguer, recogiendo las impresiones sensoriales que aparecerán después a lo largo de su obra⁴.

En conjunto, su poesía da la sensación de ser el resultado de un espionaje efectuado desde un lugar aparte, alejado de la vida real, del sitio o de los hombres verdaderos. Cuando alguien le pregunta qué es lo que más le gusta en la vida, no vacila en responder: “Mirar, ver”. Y en su ideología lírica afirma: “la contemplación sin más: el verdadero éxtasis sereno y ese éxtasis sereno es para mí la eternidad.

El hecho de pertenecer a una familia acomodada libera a J. Ramón adolescente de las preocupaciones y trabajos que la necesidad de “labrarse un porvenir impone a la gran mayoría de jóvenes. Graciela Palau nos dice que la familia del poeta, “culto, tradicionalista y conservadora”, no se opuso a su vocación y le alentaba en sus aspiraciones.

En su infancia nos habla de su estancia en Sevilla, ciudad a la que se traslada para estudiar pintura y leyes, y en la que inicia con muy buenos auspicios su carrera de poeta ... La carrera de derecho la abandonó ya en el curso preparatorio.

En 1900 se traslada a Madrid, ya había iniciado relaciones epistolares con algunos famosos poetas del momento “que publicaron versos suyos en revistas madrileñas. Entabla amistad con Villaespesa, y también con Rubén Darío, Valle-Inclán y toda la pléyade de poetas importantes. Publica entonces sus dos primeros títulos *Ninfeas* y *Almas de Violeta*.

J. Ramón había llegado a Madrid en el mes de abril, a principios de verano regresa nuevamente a Moguer. Una noche de verano su padre fallece inesperadamente. Ese hecho que él presencia, le produce una irresistible temor a su propia muerte repentina.

(2) ROMAN ISABEL, notas sacadas del libro citado, de VAZQUEZ MEDEL.

(3) VAZQUEZ MEDEL, MANUEL ANGEL. *El campo andaluz en la obra de J.R.J.* (La infrahistoria de una comunidad rural: Moguer). Sevilla, servicio de publicaciones de la obra social de la Caja Rural Provincial 1982. Revista de Literatura, Consejo Superior de Investigaciones Científicas Inst. de Filología. Dep. de Literatura Madrid 1982. T. XLIV-nº 88.

(4) ROMAN ISABEL (2 bis).

Según sus propias declaraciones, sólo le tranquiliza la presencia de un médico, obsesionado por sus enfermedades, en la primavera de 1901 se interna en un sanatorio francés, en las proximidades de Burdeos. En Francia lee a los parnasianos y simbolistas: Baudelaire, Mallarmé, Verlaine, Rimbaud, y escribe su libro *Rimas*, que aparecerá en Madrid en 1902. *Rimas* representa una primera reacción “contra el modernismo agudo de *Ninfeas*” —aunque recoge algunos viejos poemas con los que inicia su tarea de “revivir” lo ya creado.

En 1901 regresa a España, y en ese mismo año reaparece en Madrid, esta vez en un sanatorio —de El Rosario— dirigido por un médico que había de influir de modo importante en su vida por sus contactos con “La Institución Libre de Enseñanza”: el doctor Simarro. La publicación de *Rimas* en 1902 supuso un paso adelante en su carrera de escritor, y su consagración en un ambiente madrileño bastante diferente al que él había conocido apenas dos años antes. El modernismo parnasiano, como moda literaria, cedía terreno ante el simbolismo. Algunos nombres nuevos, como los de Manuel y Antonio Machado, Baroja y Unamuno, sonaban con insistencia, junto a los de Villaespesa y Rubén Darío.

En 1903 publica *Arias tristes*, que justica su naciente fama de poeta, (posiblemente en este libro alore su estancia en el sanatorio del Rosario), escribe: “en ese ambiente de convento y jardín he pasado dos de los mejores años de mi vida. Algún amor romántico, de una sensualidad religiosa, una paz de claustro, olor a incienso y a flores, una ventana sobre el jardín, una terraza con rosales para las noches de luna ...”.

Una larga estancia en las montañas de Guadarrama me trae *Las Pastorales*, *Diario Continuo* y a muchos *jardines lejanos*. Este último libro de poemas que siguió a *Arias tristes*, no son soñados pero están llenos de apariciones, sombras de mujeres ausentes, que irrumpen por las veredas, y los parques y los paisajes conocidos. En el llanto por la mujer ausente hay nostalgia de la carne, lo sensual invita y la novia blanca atrae, y el poeta, en un primer prologoillo de los tres antepuestos a las tres partes del libro respectivamente, reviste su conflicto de simbolismo y concluye: “para las últimas lágrimas no hay más amiga que la muerte” (p. 276)⁵.

Ni exótico ni versallesco, ni griego ni pintoresco, el paisaje de *Jardines* es el mismo que sirvió a J. Ramón para cantar las tristezas de *Arias*, y si el paisaje se vuelve galante es porque el poeta lo engalana. Las mujeres en los cantos de amor son las mismas: la amada pura, como las monjas del sanatorio del Rosario o la blanca novia de la adolescencia, y la amada bella y fina, pero impura, como la Francina de Francia. Una prueba más de que J. Ramón necesita de realidades para alimentar su inspiración es el hecho de que ninguna de las heroínas de *Jardines lejanos* tiene semejanza alguna con una mujer desconocida que irrumpe en la vida de J. Ramón para esa fecha, una supuesta admiradora del Perú, Georgina Hübner, a quien el poeta quiso dedicarle el libro; pero ella no consintió. Georgina apareció en la vida de J. Ramón en mayo de 1904, en la que la corresponsal de ese nombre le decía al poeta que se había enterado por el bisemanario español ABC de la publicación de *Arias tristes*, libro que no había podido conseguir en su país, y le suplicaba que tuviera la bondad de enviárselo. Juan Ramón hizo el envío, acompañándolo de una gentil y breve carta sin saludo, seguramente por-

(5) PALAU NEMES, GRACIELA. *Vida y obra de Juan Ramón Jiménez*, Ed. Gredos, Madrid 1974. T. I.

que ignoraba si se trataba de una señora o señorita. Se dirigía, sencillamente, “A Georgina Hübner, en Lima” en estos términos: “he recibido esta mañana su carta, tan bella para mí, y me apresuro a enviarle mi libro. “*Arias tristes* sintiendo sólo que mis versos no han de llegar a lo que usted habrá pensado de ellos”⁶.

Le ofrecía mandarle, con el mayor placer, si ella le mantenía al corriente de su dirección, los libros que fuera publicando, dándole al despedirse gracias por su fineza. La corresponsal respondió el 23 de junio, en un tono halagador e insinuante. Sus frases eran sugerentes: “Después de haber mandado al correo la carta para v. pidiéndole su libro, *Arias tristes*, hubiera querido retirarla, destruirla ¿por qué? Le diré; supuso que el paso que daba no era muy propio, no era muy correcto. Sin conocer a V., sin haberlo visto siquiera, le escribía, le hablaba / cuando como yo, se tiene 20 años, se piensa pronto y se sufre mucho!”⁷. Se trataba de una señorita bien de a principios del s. XX. Así se intercambiaron varias cartas, durando la correspondencia seis meses.

Georgina era la mujer diferente que siempre llamó la atención del poeta, desde su infancia. Mata dice que en una de sus cartas pide J. Ramón a Georgina que realice un viaje hasta España para conocerla.

Las palabras de Juan Ramón implican que Georgina corresponde a su pasión; “¿Para qué esperar más? Tomaré el primer barco, el más rápido, el que me lleva a su lado. No me escriba más. Me lo dirá usted personalmente, sentados los dos, frente al mar, o entre el aroma de su jardín con pájaros y luna”. (Mata 218).

El viaje y el idilio quedaron en nada, mejor sería decir quedaron tronchados, porque a Juan Ramón se le comunicó por medio del cónsul del Perú en España que Georgina había muerto. Mata cita el cable: “Georgina Hübner ha muerto. Rogámosle comunicar la noticia a Juan Ramón Jiménez, nuestro pésame” (Mata. 218). Pese a la carencia de datos respecto a este asunto, el mismo poeta se refirió en estos términos: “Yo me interesé en Georgina y le escribí que pensaba ir a Lima para conocerla personalmente. Después de varias cartas, en las que me decía que estaba enferma, no volvió a escribirme. Yo pedí entonces al cónsul del Perú en Sevilla que me averiguase el paradero de Georgina. Meses después el cónsul me contestó dándome la noticia de su muerte. (pp. 296 a 302). Era necesario que Georgina muriera, pues era una estratagema de unos amigos de Juan Ramón Jiménez para que éste continuara escribiendo versos, así que cuando el autor se disponía a conocer a la dama, ésta tenía que morir, así nos lo relata uno de los principales promotores, José Gálvez.

A finales de 1912 se encontraba en Madrid, y al poco tiempo se instala en la Residencia de Estudiantes, primero en la calle Fortuny y luego en el edificio de los altos del Hipódromo. En la Residencia se hace más estrechas sus relaciones con los hombres de la Institución, con los que había tomado contactos gracias a su amistad con el doctor Simarro. También recibió el influjo de “La Institución libre de Enseñanza”. El Madrid de ahora le causó profunda tristeza, todo lo encontró industrializado. Pero de

(6) El facsímil de la carta de J. Ramón aparece en el art. de Gullón en *Insula* por cortesía de Antoni Oliver, que, se ocupó del asunto de J. Ramón Jiménez. Georgina Hübner en su tesis de doctorado sobre “José Gálvez y el modernismo”. La carta está incluida en J. Ramón Jiménez, cartas, p. 66.

(7) PALAU NEMES, GRACIELA, *Vida y obra de Juan Ramón Jiménez*. La poesía desnuda. Madrid. Editorial Gredos. Biblioteca Hispánica, 1973, 2ª edición T. I.

todas formas es un momento definitivo en la vida del poeta. En la primavera de 1913, conoce a la que iba a ser su esposa Zenobia Camprubí Aimar, sus relaciones con ella no debieron ser fáciles desde el primer momento, pero su tesón pudo más que las dificultades. Zenobia era la mujer ideal que había esperado encontrar en cualquier vuelta del camino, y en el momento de exaltación le había escrito: "Me parece que en usted ha tomado forma esa mujer que siempre me sonrió desde las estrellas. Y yo la he soñado a usted tantas veces! ¡y oh! ¡Gracias Dios mío, gracias por esta bendición! (Carta nº 12, p. 192).

Prueba del gran amor que sintió por Zenobia, son estos versos en los que aparece el nombre de la mujer cuyo amor fue definitivo en su vida.

Me he convertido en tu cariño puro
como un ateo a Dios
¿Lo otro, qué vale?
Como un pasado oscuro y andrajoso
puede todo borrarse
borrarse, sí
Las rimas bellas
que no canten tu amor; sus manantiales
alegría sin ti; sus tardes líricas
en cuya paz no me miraste
Las noches cuya clara luna llena
no deslumbró tu candoroso ángel ...⁸

La nueva poesía, producto del nuevo sentimiento amoroso, está en *Sonetos espirituales* (1914-1915) publicado en 1917.

Más tarde publica *Estío* en él el poeta está preocupado por su obra, como si la felicidad en el amor pudiera ser un impedimento para un logro indeterminado. Y en el poema 95 de la segunda parte del libro, cuya primera estrofa dice:

... Yo no sé cómo saltar
desde la orilla de hoy
a la orilla de mañana.

Pero Juan Ramón realizará de hecho, el metafórico salto, al trasladarse de España a América para la consumación de ese amor del alma y del cuerpo que ha cambiado y renovado su vida y su poesía (p. 597)⁹.

Con el mismo esmero que una novia prepara su ajuar, Juan Ramón preparó el suyo para el viaje a los Estados Unidos a casarse con Zenobia (p. 598)¹⁰. Juan Ramón salió de Madrid rumbo a Cádiz el 21 de enero de 1916. Había hecho muchas veces el viaje de

(8) JUAN RAMON JIMENEZ, "Zenobia". *Libros inéditos de poesía*, 2 p. 425.

(9) Incluido en la colección Juan Ramón Jiménez, *Libros de poesía*, Recopilación y prólogo de Agustín Caballero, Aguilar, Madrid 1959.

(10) PALAU NEMES, GRACIELA: *Vida y obra Juan Ramón Jiménez*. La poesía desnuda. Madrid. Ed. Gredos. Biblioteca Romántica Hispánica. 1973. 2ª Edición. T. II.

Madrid a Sevilla y de Sevilla a San Juan del Puerto. En enero de 1916, iba inspirado, convirtiendo en poemas todas sus impresiones. Por eso empezó a llevar un diario poético que continuó durante el viaje. Ahora imagina a la amada blanca y pura vestida de blanco en su traje de novia y recuerda el vestido blanco de novia y el rizo que ella le dio riendo.

El viaje a América no le fue agradable, sentía la ausencia de la tierra. En los días nublados de lluvia y de tormenta, víctima de las más confusas sensaciones, el mar le pareció tan aburrido y tonto como La Mancha, y el barco, un oso mal oliente (p. 600).

El poeta llegó a Nueva York en febrero de 1916, allí le esperaba Zenobia y su madre, el encuentro conmovió e inquietó al poeta. Más tarde se celebra la boda, el 2 de marzo en la Iglesia Católica de St. Stephen, en presencia de la madre de la novia y algunas amistades íntimas.

La vida de relaciones sociales y la gran ciudad de Nueva York, cada vez se le iba haciendo más insoportable al espíritu delicado y sensibilero de nuestro poeta.

Así que el 7 de junio de 1916 Juan Ramón y su mujer embarcaron nuevamente de regreso a España.

Graciela Plau Nemes, nos dice que entre las notas del Diario, escribió y no publicó este breve y elocuente testimonio de la impresión que le causó Nueva York: ¿Por qué no se queda usted aquí?. Porque soy poeta y esto lo puedo contar pero no cantar. Pero la estancia de Juan Ramón en Nueva York, en una época en que su propia poesía tomaba otros derroteros, simplificándose y volviéndose más concisa, le orientó, dándole consciencia de su verdadero camino (pág. 607)¹¹.

Llegaron a España y acudieron a visitar a la familia de Juan Ramón, más tarde marcharon para Madrid, tras varias vicisitudes consiguen instalarse en un pequeño piso en Conde de Aranda, 16, cerca del Retiro. Empiezan la vida doméstica en mil apuros económicos, pero poco a poco fueron acomodándose. Pronto escribió el prólogo para el *Diario de un poeta recién casado*, que llevaba, además, otro prólogo que el poeta debía a su mujer. Había proyectado dividirlo en cinco partes, pero luego añadió una sexta. Las seis partes son: 1ª, "Hacia el mar"; 2ª, "El amor en mar"; 3ª, "América del Este"; 4ª "Mar de retorno"; 5ª, "España"; 6ª, "Recuerdos de América del Este".

De 1916 a 23 publicó *Eternidades, Piedra y Cielo, Poesía y Belleza*, además de la segunda antología.

De 1921-27, edita una serie de revistas en las que recoge parte de su obra en prosa y verso, y presenta la de otros escritores afines. Estas revistas fueron: "Sí".- colaboraron Dámoso Alonso y Alberti y la última "Ley".

En la década de los 30, comienza a sentirse incómodo e inquieto en Madrid. Incluso piensa en trasladar su domicilio a una capital andaluza, a Sevilla, en la que imagina con complacencia una vida más de acuerdo con sus gustos, deseos o sueños. El destierro le impondrá pronto, por desgracia, una imprevista mudanza. Madrid va a quedar lejos, mucho más lejos, de lo que él había jamás deseado.

En 1936 va nuevamente otra vez hacia América, ahora este viaje mucho más triste que el anterior. Allí ejercerá de profesor de Estados Unidos y en Puerto Rico. El viaje resultó

(11) PALAU NEMES, GRACIELA: *Vida y obra de Juan Ramón Jiménez*. La poesía desnuda. Madrid. Ed. Gredos. Biblioteca Romántica Hispánica. 1974. 2ª Edición. T. II.

un éxito inesperado para el poeta. Recepciones multitudinarias, homenajes, recitales y conferencias que destacan el favor de un público casi masivo, todo fue para Juan Ramón halagüeño y conmovedor.

Vemos cómo sus esperanzas puestas en Puerto Rico no lo defraudaron. Un ambiente amistoso, Admirativo, el encuentro con su idea, tertulias, conciertos; todo contribuyó a normalizar el sistema nervioso del poeta. En el 56 con la muerte de Zenobia nunca volvió a recobrar el equilibrio nervioso. En este año le concedieron el premio Nobel, y muere en el exilio en 1958.

La concesión del Nobel a Juan Ramón representaba el reconocimiento universal de un poeta de excepcional importancia histórica y estética.

Estos son los principales datos biográficos. Pero dicen poca cosa. Si en la mayoría de los escritores la vida coincide con la obra, en Juan Ramón no sólo coincide sino que se funde con ella. "Para mí la poesía ha estado íntimamente fundida con toda mi existencia ..." Fue una existencia volcada íntegramente a la creación poética. Vivió por y para la poesía, para la ejecución cotidiana y sin desmayo de lo que él llamaba su "Obra", una obra exponente de la evolución de la lírica española desde el modernismo a las escuelas de vanguardia. Juan Ramón es un alto ejemplo de entrega absoluta a una vocación. "Yo tengo escondida en mi casa, por su gusto y por el mío, a la Poesía. Y nuestra relación es la de los apasionados". "Yo no soy nadie ni nada más que un trabajador enamorado de mi trabajo, y en él encuentro mi recompensa ..."

En su trayectoria poética, suelen distinguirse varias épocas, siguiendo declaraciones del propio autor. En sus últimos años Juan Ramón trataba de indicar tres etapas fundamentales en su poesía: Una primera "sensitiva", otra segunda "intelectual", y otra tercera, que no denominó claramente pero a la que solía referirse como suficiente.

La primera abarcaría desde sus orígenes poéticos hasta 1916-1917, época en que con *Diario de un poeta recién casado* (1917), comenzaría la segunda. A raíz de su segundo viaje a América, en 1936 comenzaría la tercera con *la estación total*, publicada en 1946. La idea de etapas, sin embargo, puede hacer pensar en una fragmentación, a base de rupturas sucesivas. En estas circunstancias Aurora de Albornoz prefiere utilizar la idea de "poesía abierta" y explicar la evolución como una obra en "sucesión" con una evidente continuidad, es decir, no hay jamás cortes bruscos, sino lenta evolución. Continuidad que no excluye, desde luego, la constante transformación.

Esta evolución ha sido puntualmente trazada por el propio autor en un poema archisabido, pero en en inexcusable citar siempre que se trate de estudiar el desarrollo de la obra juanramoniana:

Vino, primero, pura
vestida de inocencia,
y la amé como un niño.

Luego se fue vistiendo
de no sé qué ropajes,
y la fui odiando sin saberlo.

Llegó a ser una reina

fastuosa de tesoros ...
¡Qué iracundia de yel y sin sentido!
... Mas se fue desnudando.

Y yo sonreía.

Se quedó con la túnica
de su inocencia antigua.

Creí de nuevo en ella.
Y se quitó la túnica.
Y apareció desnuda toda ...

¡Oh pasión de mi vida, poesía
desnuda, mía para siempre!

El poema pertenece a *Eternidades*, libro escrito en 1916-1917. Notemos cómo el poeta resalta lo progresivo de una evolución “sin prisa y sin pausa”. En este poema los conceptos amor, mujer y poesía se transmiten. La primera estrofa representa al primer amor, a las novias puras y a las niñas Blancas de la primera poesía Juanramoniana, o quizá, como otros críticos han señalado, a la ingenuidad literaria. Vemos que la producción inicial del poeta se caracteriza por su pureza, su inocencia. Muchas veces se ha dicho también por su sencillez y espontaneidad, pero ¿qué entendemos por sencillo, espontáneo?. Si sencillo es, con palabras del propio poeta, “lo conseguido con los menos elementos, es decir, lo neto, lo apuntado, lo sintético, lo justo, el adjetivo es más adecuado para calificar su segunda época”. En cuanto a espontáneo, el autor se expresó así: “Que una poesía sea espontánea no quiere decir que, después de haber surgido ella por sí misma, no haya sido sometida a espurgo por la consciencia”. Y añadió: “No entiendo por qué lo sencillo y lo espontáneo han de eludir la consciencia”.

Que muchos lectores prefieren el primer Juan Ramón se explica por diversos motivos que no tienen que ver propiamente con la espontaneidad ni la sencillez. En la obra anterior a 1917 lo único sencillo, espontáneo, fresco, es, cuando lo es, la expresión. Suele afirmarse —y éste es otro de sus rasgos que esta poesía es de recepción más fácil que la posterior—. Ciertamente hasta 1917 su lírica, es, ante todo, musical y sentimental. Su musicalidad es casi siempre interior, íntima, música de alma, sin la altisonante orquestación en tono mayor característico de Rubén Darío y de gran parte del modernismo. Música etérea, ingráve, de “romances sin palabras”, como la de Verlaine y otros simbolismos franceses.

El simbolismo francés, mucho más que el modernismo, es una de las fuentes de Juan Ramón en esta época. Las otras fuentes son españolas: Bécquer, el romancero y canciones españolas, sobre todo el folklore andaluz.

A esta primera época poética corresponden títulos como: *Arias tristes, Jardines lejanos, Pastorales o Baladas de primavera*.

Entre 1908 y 1915, Juan Ramón compone poemas que recogerá, entre otros títulos: *Elegías, La Soledad sonora, Poemas mágicos y dolientes, Sonetos espirituales*. Estas son

las obras en que Juan Ramón adopta los “ropajes del modernismo”. Así lo dice en el poema antes transcrito: “Luego se fue vistiendo/de no se que ropajes” Pero a pesar de esto, su poesía no llegará a ser tan “fastuosa de tesoros” como la de Rubén Darío.

A esta época corresponde su memorable *Platero y Yo* publicado en 1914. Auténticos poemas en prosa son los capitulillos que lo componen. Junto a evidentes rastros de estilo modernistas, hay indicios de una voluntad de “pureza”.

“Mas se fue desnudando/y yo le sonreía ...” Un libro escrito en 1915, *Estío*, representa el primer paso hacia una nueva sencillez: vuelta al octosílabo, a la osonancia, preferencia por el poema breve, supresión de lo ornamental ... Belleza, amor, pureza y desnudez quedan igualados en esta poesía. Y así va a llegar a una poesía personalísima “fuera de escuelas o tendencias”, como él ... diría.

La ruptura definitiva con el Modernismo lleva una fecha: 1916. En ese año, durante su viaje a Nueva York con motivo de su boda, escribe, *el Diario de un poeta recién casado*. El poeta lo considera siempre su “mejor libro”; y la crítica no ha vacilado en calificarlo de libro clave de la lírica contemporánea. Su novedad es asombrosa: ha desaparecido el léxico modernista, la adjetivación sensorial, los ritmos sonoros. Es, una “poesía desnuda”, en la que se elimina lo anecdótico para dejar paso a la concentración conceptual y emotiva. Por eso predominan los poemas breves, densos, en versos escuetos y preferentemente libres, sin rima o con leves asonancias.

Siguen otros libros *Eternidades* (1918), *Piedra y Cielo*(1923), *Belleza* (1923) ... continúa con ellos el proceso de interiorización y de acechamiento.

¿Cómo es, en suma, esta poesía nueva y en qué difiere de la anterior?, Muchos adjetivos de sentido próximo se han usado para definirla: poesía pura, abstracta, desnuda, elemental, esencial, total, absoluta, metapoesía...

Poesía pura lo era también la anterior al *Diario*, pero la pureza estaba más en la actitud —inocente, juvenil— del poeta que en su obra. Ahora son los poemas mismos los que son puros, así lo manifiesta en el siguiente poema de *Eternidades*

¡Inteligencia, dame
el nombre exacto de las cosas!
... que mi palabra sea
la cosa misma,
creada por mi alma nuevamente.

El contenido intelectual, o mejor quizás, la intelectualización —aunque no la ausencia— del sentimiento es una de las cuasas que dificultan para muchos lectores la recepción de esta poesía. Esta poesía no nos enfrenta con la realidad, sino con la contemplación intelectual de la realidad. Una poesía que hable directamente al espíritu, sin halagar los sentidos, por fuerza tiene que ser una poesía difícil. Esta etapa intelectual se corona con un libro escrito entre 1923 y 1936 *La Estación Total* (1936). Su título alude a lo que es ya dominante del poeta el anhelo de abolir el tiempo y de llegar a una posesión “total” de la belleza, de la realidad y del propio ser.

Los temas de esta poesía son muy pocos, en esencia se reducen a uno, ya sea “su actividad contemplativa de poeta”. —La obra—, ya sea el ansia de totalidad, de eternidad —que empareja a Juan Ramón con Unamuno, por distinta que resulte su respectiva con-

cepción de lo eterno—, ya sean en fin, los principios universales— mar, cielo, luz, aire, agua, tierra, fuego— o las “criaturas afortunadas”, de un mundo paradisíaco con el que el poeta comulga en un acto religiosidad panteísta. Signo del misticismo poético de Juan Ramón en su última época, es el uso de muchos neologismos y términos compuestos que complican el lenguaje, pero que resultan la única expresión apropiada para exteriorizar una experiencia religiosa, inefable.

A su etapa final corresponden dos libros *En el otro costado* (1936-1942) y *Dios deseado y deseante* (1948-1949).

El libro *En el otro costado* ha sido publicado íntegro recientemente por Aurora de Albornoz. En él figura el largo poema en prosa “espacio”, iniciado en 1941 y sólo terminado en 1954. Es la cama de la creación juanramoniana, según la citada profesora quien lo define “una extensión difusa de recuerdos e introspecciones que salen a flote en la técnica de asociación libre”. En efecto, sin tema preciso, el poema ensarta vivencias y preocupaciones del poeta con un ritmo fluyente. Juan Ramón ha sido, una vez más, capaz de asombrarnos con lo más nuevo que por entonces se escribía en nuestra lengua. El conjunto es de una altísima belleza.

El Dios deseado y deseante es un libro de enorme riqueza y complejidad. No podemos intentar la tarea de deslindarlo aquí. Pero tampoco podemos corresponder a la esforza de vocación, sin desmayo de Juan Ramón soslayando perezosamente las dificultades de su última gran obra. Sería una injusticia, un desagradecimiento inexcusable hacia un autor ejemplar a quien tanto se debe y que con no todo derecho pudo escribir al término de su vida, pero no de su esperanza.

“Hoy pienso que yo no he trabajado en vano
en Dios, que he trabajado en Dios tanto
cuanto he trabajado en poesía ...”

Acerca de *Dios deseado y deseante* se ha planteado la cuestión e si se trata de poesía religiosa. No, desde luego, en el sentido común del término. El propio Juan Ramón comentó su libro diciendo: “No que yo haga poesía religiosa usual, al revés, lo poético lo consideró como profundamente religioso, esa religión inmanente sin credo absoluto que yo siempre he profesado”. Es el suyo un Dios, creación del propio hombre, alcanzado, con él dice: “eres un dios de lo hermoso conseguido, un dios que no está fuera de sí mismo, sino que consigo mismo se identifica”.

Es conocida la influencia que tuvo Juan Ramón en los poetas jóvenes de los años veinte. Esta influencia va desde cuestiones de detalle (atención a la copla andaluza, versos e ideas que pasan a reelabrarse en Alberto, García Lorca, Prados, Guillén) hasta la más general y decisiva: el ejemplo cotidiano del trabajo poético. Juan Ramón es el poeta y de él aprenden los del 27. También sabemos que quienes tanto aprendieron de Juan Ramón Jiménez acabaron por alejarse de él. Y no sólo rechazan a Juan Ramón quienes fueron hacia la poesía “comprometida” (Alberto, Prados ...), sino incluso aquellos que antes de la guerra parecían menos dados a tratar de la historia circundante (Guillén), o quienes, como Prados en el exilio, avanzan hacia más auténticas —es decir, menos egocéntricas— formas de panteísmo. Queda así Juan Ramón como un caso extraño no sólo por su aislada continuidad entre varias corrientes literarias contradictorias, sino

como figura en sí contradictoria: gran poeta y maestro en sus mejores momentos, racional y complejo, sencillo y rico de expresión, pero también como uno de los máximos ejemplos en lengua castellana, tal vez sólo comparable a Góngora, de la desorbitada pretensión de limitar el mundo al poema y, en última instancia, a la función del poeta en cuanto a demiurgo, dueño absoluto de la creación por el lenguaje.